

Rompepistas

Kiko Amat

Rompepistas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Diseño de portada: Uri Amat

Ilustración de portada: Kavel Rafferty

Ilustración interior: Uri Amat

Primera edición: enero 2009

© Kiko Amat, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-0000-X

Depósito Legal: B. 00000-2009

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

Éste es para mi hijo Boi
Y para Eugènia, su madre
Y para los chicos con botas originales:
Seda, Carilla, Gusi, David y Óscar

All this was a long time ago, and besides, the past is finished. Better forget it and be done. Except no one ever forgets.

The Mendelman Fire, WOLF MANKOWITZ

«We were like brothers,» I said, desperate. «You were my best friend».

He laughed then, and his eyes were the golden, hard, flat eyes of a jungle animal. «Like a friend once said to me: That was then, and this is now».

That Was Then, This Is Now, S. E. HINTON

*We made our shirts with sprays and knives
Our hair was short, we said what we thought
We'd never be scared, we'd never be bought
Never sell out like they did
Promises, promises
Do you remember the promises promises?
I do.*

Promises Promises, GENERATION X

Hubo una época en que yo no era
quien soy

Hubo una época en que yo no era quien soy. En aquel tiempo era otro, y respondía a otro nombre. O quizás no es que fuese otro; quizás es sólo que tenía diecisiete años, y los diecisiete son un planeta distinto. Un mundo extraño donde las cosas se hacen de otro modo, de un modo que no puedes juzgar con instrumental del hoy.

Es curioso de lo que te acuerdas con el tiempo, pero también de lo que te olvidas. En aquella otra época en que yo no era quien soy hoy, me llamaban de otra manera. No he pensado en el nombre que utilizaba entonces en mucho tiempo; de algún modo me las arreglé para perderlo, tirarlo a la papelera, meterlo en el bolsillo de una chaqueta que no quería volver a ponerme. Perdí mi nombre sin saber cómo, sin darme cuenta, y no me importaba hasta hoy, que me ha vuelto a importar.

Ha sido el entierro. La culpa es del entierro.

Échale la culpa al boogie.

Hacía años que tampoco decía esta frase, que antes, en otra época, otro lugar, decía todo el tiempo.

Échale la culpa al boogie.

Riendo por dentro, me saco la corbata negra del cuello tirando de uno de sus extremos, y luego me abro el botón de la camisa, propulsando a la vez el mentón hacia el techo. Odio lle-

var corbata. Es algo que arrastro de cuando era punk, de cuando era uno de los chicos con botas.

Me siento en el sofá y me levanto del sofá, y voy hacia la ventana, y miro la calle donde vivo ahora, está oscureciendo, miro la tienda paquistaní de la esquina, miro al cielo, rojo de sangre dorada, rojo hemoglobina, mi cielo favorito, un cielo de amenaza calmada, un cielo para batirse en duelo. Y pienso en cómo voy a limpiar lo que me he traído del entierro.

Esto.

Mi nombre, sin ir más lejos. El que había perdido por ahí, por el camino, por el espacio, el que escondí en un bolsillo. Hace mucho de todo esto; hace mucho de la época en que yo era otro.

Es curioso, no me digáis que no, de lo que te acuerdas y olvidas con el tiempo.

Échale la culpa al boogie.

He llegado al pueblo a las doce de esta mañana, en tren, un par de horas temprano para el funeral. Un sol estroboscópico parecía ralentizar a la gente, hacerla andar más despacio, como en la pista de una discoteca. Después de cruzar el río, esa acequia marrón en la que no hay peces desde hace medio siglo, el ferrocarril ha llegado a la estación del pueblo. Cuando las puertas se han abierto, después de la música de llamar a extraterrestres en la tercera fase, tirorirori, después del Propera Parada, se me han echado encima.

Los olores; nada huele como este pueblo. Eucaliptos, moreras, menta salvaje que se hace mayor por todas partes, y entre las aceras, orangina fugitiva y bastarda, olor a húmedo, a yeso mojado, a escayola reciente, a río podrido y adoquines desiguales.

Y los sonidos: las tórtolas, siempre pu-pu-pu, los tubos de escape estridentes de las motos cholas, el bom-bom-bom infame que explota en los altavoces de los coches que pasan cerca de

mí con ventanillas abiertas y emergentes codos desnudos, el pe-tardeo quebrado de las taladradoras sobre el alquitrán.

Y las imágenes: la silueta de la iglesia, como un recortable infantil sobre la cuesta, y las golondrinas trazando lazos de Escher por entre los árboles, moreras, siempre moreras. Y los acentos, algunos traídos de Azuaga, otros de Ejulbe, otros de Ville-na, otros de aquí, catalanes.

Hace muchos años que no vivo aquí. Veinte, mínimo. Por-que siempre quise marcharme de mi pueblo. Desde que tengo uso de razón he querido marcharme de aquí. Y al final lo con-seguí, tuve que hacerlo, tuve que irme.

Me dolió más a mí que a ellos.

Me río otra vez, me río bajando la cabeza, boca cerrada y re-soplando como un delfín por la nariz mientras ando, recordan-do esa frase y cuándo la dije y con quién. Y de repente, tras vol-ver una esquina, me he dado cuenta de que estaba en una foto. Ha sido una sensación confusa que venía atada de algún modo al recuerdo anterior, de la manera en que vienen a veces los re-cuerdos.

Allí, parado ante una pared del mercado del pueblo, estaba en dos sitios a la vez. Mi cuerpo estaba en el año 2008, metido en un traje negro de dos botones, una camisa blanca y una cor-bata negra, pero mi imagen contra la pared del antiguo merca-do estaba en una foto de 1987. Junio de 1987, para ser exactos. En la foto, amarilleada y con los bordes romos, salimos los cua-tro: Clareana, Carnaval, el Chopped y yo.

CCCR, como si fuésemos el hermano disléxico de las siglas rusas de la URSS.

CCCR.

La R soy yo. Es por mi nombre. Por mi *otro* nombre; el an-tiguo, el que ya no uso, el que usaban mis amigos cuando vivía aquí.

Están a punto de derribar el antiguo mercado, ha sido cues-tión de días. Si el entierro llega a ser en dos semanas, si *él* llega a

vivir una semana más, yo nunca hubiera llegado a ver el mercado intacto. Sus cuatro entradas con dos escaleras encontradas cada una, el falso granito donde apalancábamos los culos durante horas, botas colgando y rebotando contra la pared, comiendo polos, pegando lapos; la cúpula metálica y monumental, las palomas, los puestos con sus tejados de uralita verde en los laterales. En poco tiempo, otra ruina de mi pasado va a desaparecer, y cada vez quedarán menos escombros de aquel año. Todo habrá desaparecido, desaparecido para siempre, como si fuese un recuerdo de otro lugar. Un país antiguo de los balcanes, una nación que ha sido borrada del mapa tras una guerra importante, que ha cambiado sus fronteras, adoptado otros topónimos, inventado una nueva bandera. Otro planeta, extinguido.

Mis diecisiete años, congelados allí; en una foto.

Y nuestras miradas, que en aquella instantánea aún eran desafiantes, sin la suavidad o la limadura de derrota que les otorgan los años, miradas de carnívoros, de animales fieros aún no domados por la vida, que todavía no se han topado con la sumisión.

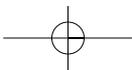
De golpe me pongo triste. Y no sólo triste: mareado, confundido, culpable. Ha sido la foto, recordarme en la foto, lo que ha empezado el recuerdo, los retazos y despojos de ese mundo perdido que casi olvido, mis diecisiete años, desaparecidos para siempre.

O casi. O casi.

Un claxon, los gritos de una panda de niños, una tórtola, pu-pu-pu, no sé lo que ha sido, pero algo me ha hecho darme cuenta de dónde estaba, la mirada perdida, con el traje, ahí, triste y solo y viejo, delante del mercado con las manos en los bolsillos. Y me he puesto en marcha, hacia el cementerio, dispuesto a encontrarme con todo, con todos, con ellos, para hablar de él, para hablar de nosotros una vez más; durante una época, era lo único que teníamos.

Aquellas canciones, y a nosotros mismos.

Rompepistas



6 DE JUNIO, SÁBADO

–Rompepistas.

–Qué.

–Que viene Clareana.

Carnaval y yo estamos chupando unos Burmar-Flash, introduciendo con ambas manos los polos plásticos en las bocas como si fuesen flautas dulces, sentados en el falso granito de las escaleras del mercado con las botas colgando, cuando vemos a Clareana acercándose. Es sábado de mercado en el pueblo, y las cuatro calles que rodean el edificio están llenas de tenderetes de medias, chufas, ollas, verduras, y todos los vendedores gritan.

¿He dicho Vemos a Clareana? En realidad sólo la ve Carnaval, Clareana cojeando entre la multitud, dando codazos a las señoras, con esos humos que manejan los que se saben capaces de clavarle a alguien un picahielo en la oreja, los que viven sin miedo, ni a los demás ni a sí mismos.

Los andares temibles y bravos de Clareana. Su bam-bo-le-o feroz. Oye cómo va, su ritmo.

Yo entrecierro los ojos como un chino masturbador, y lo único que logro ver es la sombra de un Click, un muñeco borroso despidiendo rayos y truenos y acercándose a nosotros dos a toda velocidad, el sonido de sus tacones haciendo toctoc-toctoc como el segundero de un cronómetro en una carrera de

100 metros, pies pisando alcachofas y mandarinas pasadas y cáscaras rotas de nuez.

Normalmente la hubiese visto, porque normalmente llevo lupas y, cuando las llevo, veo normal.

—Ya la he visto, imbécil —miento, suprimiendo un escalofrío inesperado.

Carnaval se vuelve y me mira y se ríe, y la lengua dentro de su boca está tintada amarilla del Burmar Flash.

—¿Pero qué dices? Sin lupas no ves nada, bizcocho.

Y agita la mano delante de mi cara como si estuviese limpiando los cristales de un edificio. Dar cera, pulir cera. Dar cera, pulir cera.

Ayer tenía lupas. Ayer tenía unas que iban muy bien, 20/20 en cada ojo, pero las perdí justo antes de empezar a prepararme una pizza casera. Busqué por todas partes, pero no pude encontrarlas, y al final tenía tanta hambre que me puse a comer sin ellas. Cuando saqué la pizza del horno, olía a llanta quemada. Entrecerré los ojos como un chino masturbador y acerqué la cara, y en medio de mi pizza había un montón de plástico blando, como de pizza Ojo de Buey, pero en lugar de huevo era pasta negruzca de gafas, y la bronca de mi padre fue grande, para qué voy a mentir.

¿Y la pizza? ¿Qué pasó con la pizza?

La pizza me la comí después de sacar los dos cristales, bordeando con cuidado la pira de plástico ceniciento del centro. Estaba buena, aunque (a decir verdad) tenía un cierto regusto a suela de bamba en llamas. Mientras comía, mi madre, porque esta vez le tocaba a ella, me gritaba que no cuidó nada, y que soy un desastre, y que no ganan para gafas, cap verd.

Todavía no sé cómo fueron a parar mis lupas a la pizza.

No preguntéis.

Clareana se planta delante de nosotros. Ahora sí la veo, ahora que está francamente cerca. El cabello negro pólvora, puntia-gudo de puercoespín, en su cabeza ligeramente grande. No: si lo

pienso fríamente es enorme, y las orejas de soplillo, de botijo, y los ojos azules de lagarto, siempre envueltos por unas ojeras púrpura que parecen de agotamiento pero son genéticas, ojeras de panda exhausto. Lleva encima una camiseta estrecha de los Damned, mallas rojas rayadas y, rodeándola, un inusual olor a quemado.

¿Olor a quemado?

Huele a pollo frito, y juro que yo no he sido.

Pero entonces veo que Clareana se está quemando nuestro tatuaje de amor con un cigarrillo. Las retinas se le cubren de una capa de agua lacrimógena, por el daño grande que se está haciendo en el brazo.

Clareana se muerde el labio un momento, sorbe saliva con dolor, con un tsssss de serpiente venenosa, y luego dice mirando a Carnaval:

—¿Hay ensayo hoy o qué, tío? —Del antebrazo escapa una fina columna de humo de carne quemada.

Carnaval se vuelve hacia mí con el Burmar Flash colgando de la boca, dejando caer las manos, y yo cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—A las siete menos cuarto —digo luego, con voz de bocina de bicicleta, ¡meek!, mirándola sin atreverme a mirarla.

—No estoy hablando contigo, paYaso. —Dice la Y mucho más alto, subiéndose encima de ella, alargando el sonido, golpeando la Y, escupiendo la letra, como siempre hacemos todos cuando decimos paYaso, que es el mejor insulto del mundo. Clareana no deja de mirarme con un odio independiente, libre, un odio autogestionado que ya no depende de mis acciones y que amenaza con ser eterno. Y luego lanza un lapo con puntería brutal, Clareana siempre ganaba los concursos de puntería de lapos, y me da en la punta de la bota izquierda.

No, en serio. Chuf, y se queda ahí.

Clareana da una calada al cigarro, fumando por un lado de la boca, Clareana siempre fuma torcido, se cree vampiresa. Lue-

go se da la vuelta y nos abandona cojeando, empujando a ancianas, collejando a mocosos, dando cabezazos en las barrigas de los hombres hinchados que pasean por el mercado. Se le ha debido de romper un tacón de los zapatos rojos de tacón y ahora va con uno solo por ahí, porque ella es así de bruta, porque quiere, porque puede, qué más le da lo que diga la gente. Deja tras de sí un poco de humo de Correcaminos, humo de estar quemando otra vez nuestro tatuaje de amor.

Saco el Ventolín y le doy dos toques. Psht, psht. Porque padezco un poco de asma.

—¿Todavía estáis así, paYasos? —me pregunta Carnaval, la lengua amarillo melón.

—Que te follen, gordo.

Observo cómo Clareana se va con sus andares de John Silver El Largo y, mientras me limpio el lapo con un envoltorio de chicle, pongo mi cara de jabalí mosqueado: adelanto la mandíbula, con los dientes inferiores por encima de los superiores, mordiéndome un poco el labio de arriba, y expulso aire violentamente por la nariz mientras bizqueo. Pongo la cara de jabalí mosqueado, y pienso: Oh, Dios, cómo odio a Clareana. La odio cantidad.

Lo que pasa es que no la odio tanto como ella me odia a mí. No preguntéis.

Llamadme Rompepistas. Se lo inventó Carnaval, y ahora todo el pueblo me llama así, todo el pueblo menos mis padres y abuelos, que me llaman normal. Lo que quiero decir con esto es que me llaman por el nombre con el que fui bautizado, no que digan: Sí, éste es mi hijo, Normal.

Normal Pérez.

Así que llamadme Rompepistas. Tengo diecisiete años y una cicatriz de apendicitis en el costado derecho y pies de niña, flacos y finos, con los dedos en escalones mal construi-

dos. Mido 1'70, tengo una buena nariz y colmillos sobresalientes, dos dientes subidos encima de los incisivos a cada lado, como si les estuvieran intentando sodomizar, dos colmillos como perros en celo restregándose contra mis palas, y luego me falta un nudillo en el puño derecho de cuando me rompí la mano pegándole a una puerta. Le di a la puerta porque si no, hubiese tenido que crearle gran dolor a Clareana, porque nos estábamos peleando. Yo y Clareana éramos Los Novios, pero ahora ya no, y ella me odia a muerte, y yo también a ella, pero no a muerte.

No preguntéis.

Sólo llamadme Rompepistas. Rompepistas está bien. No me importaría llamarme siempre así, con la condición de que ningún listo empiece a recortarlo: ni Rompe, ni Pistas. Y, desde luego, al que me llame Pepi tendré que crearle gran dolor.

Llamadme Rompepistas, pero al loro: con todas las sílabas.

De hecho, si lo pienso mejor, por mil pesetas podéis llamarme lo que os dé la gana, soy joven y barato. Rompetechos. Rompehielos. Rompeolas. Rompenecios. También me da igual.

¿Rompepelotas, quizás?

Nací en este pueblo del extrarradio de Barcelona y nunca he vivido en otra parte; este pueblo tiene que responder de muchas cosas.

Un momento. A la descripción de mí mismo que acabo de hacer voy a añadirle una cosa importante: la madre de Clareana, que es intelectual, dice que me parezco a Jean-Pierre Léaud. Esto se pronuncia Jan-Pieg Leó. Es un actor gabacho anémico y de nariz grande, algo cabezón, que sale en películas de Truffaut, me dijo. Esto se pronuncia Trifó.

Cuando me lo dijo, me lo dijo así:

—Te pareces a Jan-Pieg Leó.

Y añadió inmediatamente:

—En feo.

Y se puso a partirse. La madre de Clareana es una madre di-

vertida, y quizás estaría bien que su hija, a la que odio, se le pareciera más. Porque a la madre de Clareana aún le caigo bien, pero el resto de su familia me odia y su padre y hermano utilizan Rompepistas de apellido y de nombre siempre dicen El Maricón De.

Qué le vamos a hacer.

Échale la culpa al boogie.

Lo cierto es que sí me parezco a Jan-Piego, como se dice aquí, tengo una retirada a él. Me encanta esa frase: tengo una retirada. Siempre me hace pensar en el séptimo de caballería replegándose tras un ataque indio y el teniente que grita, histérico y manchándose los pantalones: ¡Retiradaaa!

Carnaval es mi mejor amigo de toda la vida y el hijo de cien mil padres que me puso Rompepistas. Me empezó a llamar así hace años, en 1983, nuestro séptimo de EGB, la fiebre del breakdance recién irrumpida en los patios de los colegios. Los dos nos pusimos a bailar con dedicación, pero tras unos meses de pruebas quedó claro que nuestros talentos para la danza diferían. Él era el peor breakdancer que he visto en la vida y yo era bueno, quizás sólo por pura comparación, quizás sólo por estar a su lado.

Y bailando, bailando, bailando, tanto bailar y saltar y hacer cabriolas sobre las baldosas del porche, al final adquirí mi nombre: Rompepistas.

Carnaval también es el batería gordito de mi grupo, Las Duelistas. Porque tengo un grupo. Yo soy el guitarra y líder. El Chopped no está en el grupo, tiene otras cosas en mente, como delinquir y romper cabezas y crear gran dolor, pero es nuestro mejor amigo. La bajista es Clareana, que era mi Otra Mejor Amiga hasta que empezamos a ser Los Novios y luego dejamos de serlo, y entonces Clareana me agarró por banda un día y me dijo:

—Como por tu culpa se joda el grupo, te mato, basura. El grupo es lo único que vale la pena después de toda la mierda que

ha pasado. Como se joda el grupo, te mato. Te lo juro por éstas.

Y se besó el pulgar, como si en él llevara un crucifijo que no llevaba.

¿Su cara al decir lo que dijo? No era de metáfora. No era una manera de hablar. Lo que quería decir con su cara era que aunque no fuésemos Los Novios, Las Duelistas seguían adelante. Ése era su plan.

¿Hacía falta faltarme así? Bueno, al menos no me ha llamado paYaso, pensé. Porque como dice mi madre: el que no se anima, animal.

—PaYaso.

Dijo. Y luego lanzó un escupitajo que dio exactamente donde ella quería que diese, no lo queráis saber.

¡Retiradaaa!

—Pero ¿dónde vas vestido así, espantapájaros? —me dice mi padre cuando me siento a la mesa para comer. Lo dice partiéndose, pero no conmigo. Se parte *contra* mí.

Mirad: mi padre es ese de ahí, el que se parece a Robert Redford; pero en feo, que diría la madre de Clareana. Mi madre a veces le llama Brubaker, por aquella película de Robert Redford, y el paYaso de mi padre se lo tiene creído. Y no me extraña: a mi padre las señoras le miran por la calle, porque es casi rubio, un rubio sucio, como de acuarela amarilla manchada con barro rojizo, y tiene algunas pecas y ojos de azulejo y está fuerte porque toda la vida ha jugado al Deporte, y son esos brazos, cada uno de ellos ancho como mi tronco entero, los que maniatan mi deseo de crearle gran dolor parricida cuando me llama espantapájaros.

Mi padre mide 1'87, tiene los ojos oceánicos como Clareana, manos de guante de béisbol, culo de mármol y una mala hostia de salir por patas. Es mecánico de coches en un taller suyo del centro-del-pueblo que levantó *con sus propias manos*

(como dice él), y a mi padre le gustan Creedence Clearwater Revival y cuando se ríe se le cierran los dos ojos y le salen cien patas de gallo como abanicos desplegados en las sienes, que mi madre dice que le hacen interesante, pero últimamente no se lo dice nunca porque mi padre está siempre de bastante mal humor.

—¿De dónde vienes a esta hora? —mi madre se añade al coro. Y veo que están empezando el segundo plato. El tiempo, en el mercado con Carnaval, y con Clareana pegándome lapos en las botas, pasa volando, volando.

Mirad: esa de ahí es mi madre. Es igual que yo, con pechos y media melena, ¿verdad? Es Rompepistas, sólo que en Din A3 y de otro género, nos lo dice todo el mundo, igualito que tu madre. Y vale, que sí, pero yo pienso: ¿No se pasó un poco Dios al coger toda la herencia de una sola fuente?

Quiero decir: que es injusto.

Quiero decir: que preferiría parecerme más a mi padre, vamos.

Como dice la madre de Clarena: «Yo que tú me quejaría donde Dios, Rompepistas.»

Y un día lo haré. Un día lo haré, no jodas.

Mirad esto: mi hermana pequeña se parte de risa, solo que ella lo hace conmigo. Se llama Gilda, y tiene diez años y es muy inteligente. Yo creo que es superdotada, incluso, porque a veces dice cosas de persona más mayor, y puede hablar otros idiomas, y saca las mejores notas de su clase sin pegar ni golpe ni ser una cursi. Mi hermana está mirando *Els Barrufets* por la tele, y la pantalla está llena de enanitos azules con colita y barretina blanca andando divertido y apresurado y comiendo zarzaparrilla, que no sé lo que es, pero no pinta muy bien. O quizás soy yo, que sin lupas no veo tres en un burro.

—Estaba en el mercado —digo. Haciendo el trilerero con las costillas de cordero que me ha puesto delante. Intercambiando sus posiciones alrededor del plato, tratando de embaucar a mi público.

—¿No tienes hambre? ¿Que has comido algo? —me pregunta mi madre, y yo le digo que no, y pongo mi cara de tener una sardina viva metida en el culo: ojos bizcos, cuello estirado, boca de piñón en forma de o minúscula, boca de sorpresa y shock, casi sonriendo para que vea mi lengua, violeta del Burmar Flash. Gilda se parte, y sigue mirando los pitufos. Mi madre trata de no sonreír, pero no le sale muy bien.

—Vigila—dice mi padre, señalándome con el dedo índice y perdiendo los nervios. No he visto tío que pierda los nervios más rápido que mi padre.

Mi hermana apaga los pitufos, y andamos los cuatro sobre la cuerda circense del silencio cáustico, y siempre que hay un silencio en esta mesa la conversación deriva hacia esto.

Hacia mi ropa, quiero decir.

—Te juro que la próxima vez no te deajo salir de casa —me dice el berzas de mi padre.

—Eso habrá que verlo —le digo yo entre dientes, ultrabajo, hablando con las costillas de cordero. Pero no lo suficiente bajo, aparentemente, porque mi padre me responde, perdiendo los nervios aún peor.

¿Cómo dices? ¿Qué has dicho? Repítelo, venga. —Desde ayer está más tenso aún, desde que me hice la pizza de gafas, no le culpo.

Nada, digo yo, como todos diríais si tuvieséis delante a un señor con esos brazos, y que encima acaba de pagar una factura desproporcionadamente grande en la óptica por vuestra culpa. Y sigo mirando a mis costillas de cordero, que podrían perfectamente ser zarzaparrilla por lo poco que me apetece.

—Vamos a tener la fiesta en paz —dice mi madre con pinzas pequeñas de las de arreglar pestañas, lo dice suave porque mi padre ya ha perdido los nervios del todo y empieza a buscar si tengo cosquillas. Que si pareces un personaje de tebeo, que si doy risa, que si con esos pantalones parezco Pepito Vadecurt.

Quienquiera que sea Pepito Vadecurt.